

dente de Europa salieron de la mezcla de los pueblos latinos con las tribus germánicas. Esta civilización acababa de llegar al punto de desarrollo necesario para recibir en su seno los últimos restos y representantes de la civilización griega, ahuyentada de su patria por los cañones turcos con la terrible brecha que abrieron en los fuertes muros de Constantinopla, brecha que fué la sentencia de muerte del gran imperio oriental ó bizantino.

Bajo todos estos aspectos seguiremos los sucesos que forman la imponente decadencia del imperio romano del Oriente, hasta que el huracán turco todo lo barrió de la escena. Después narraremos, también á grandes rasgos, la historia de los sucesores del terrible Mahomet II hasta la época en que esta tribu turana, enseñoreada del triángulo ilírico, llegó al colmo de su poder formidable, para bajar desde entonces gradual y lentamente la larga pendiente de su decadencia.

PARTE PRIMERA

EL PERIODO DESDE JUSTINIANO I HASTA LA DESAPARICION DE LA DINASTIA MACEDÓNICA

CAPITULO PRIMERO

EL PERIODO LATINO DEL IMPERIO BIZANTINO.

Principiamos nuestra descripción histórica con el reinado del emperador Justiniano I; no porque este monarca haya sido el creador de lo que se ha dado en llamar en la historia *carácter bizantino*, sino por otros motivos mucho más trascendentales que expondremos muy luego. Los rasgos fundamentales de lo que constituye el *bizantinismo*, ó sea la fisonomía particular del imperio romano oriental y de sus manifestaciones hasta el fin de la dinastía basiliana, se derivaron de las condiciones orgánicas creadas por Constantino el Grande; pero esta fisonomía romaica, esto es, neo-griega especial no empezó á generalizarse é imponerse hasta muchísimo tiempo después de Justiniano I, cuando este bizantinismo consiguió imperar sobre la civilización y costumbres romanas dominantes antes y después de Arcadio en el país del Bósforo. La invasión árabe destruyó esta influencia arrebatando al imperio todas las provincias al Este y Mediodía del Mediterráneo, cuyos habitantes, de raza semítica y berberisca, no habían admitido más que un barniz latino en una parte y griego en otras. Solo cuando hubo desaparecido de la escena del mundo el imperio romano de Occidente, y cuando el de Oriente quedó reducido á territorios genuinamente griegos ó completamente grecizados, excepto las provincias septentrionales de la península balcánica invadidas poco antes por hordas eslavas y búlgaras; solo entonces consiguió imperar el carácter romaico ó neo-griego en lo político como ya imperaba en la vida privada, y pudo desarrollarse hasta constituir la variación bizantina, que entró en la historia con la Edad media y desapareció con la fundación del imperio turco.

Los motivos que nos han determinado á principiar nuestra reseña con el reinado de Justiniano I, que duró desde el año 527 hasta 565 de nuestra era, son varios y como ya dijimos trascendentales. Este descendiente de una familia romanizada de labradores de Taurusium (*Tebris*), en el distrito dardánico de Bederiana, nació el 11 de mayo de 482, y fué el emperador que dió en cuanto fué posible el golpe de gracia al mundo antiguo. Destruyó radicalmente y para siempre en 529 la academia antiquísima de los neo-platónicos de Atenas, porque en ella seguía funcionando impertérrito el espíritu gentilicio; suprimió en 541 el consulado, después de haber hecho una enérgica y desapiadada campaña contra las grandes masas de gentiles que todavía existían en el imperio,

campaña que duró desde el año 528 hasta 532, y finalmente demostró con la aplicación de los monumentos arquitectónicos del mundo helénico á la iglesia anatólica, que había decretado irremisiblemente la desaparición completa de aquel mundo antiguo, cuya muerte había iniciado el emperador Teodosio I, hijo de España, con sus crueles decretos.

Otro motivo para principiar nuestra historia con este largo reinado es que en su tiempo y en el del reinado siguiente se cierra de una manera imponente y precisa la época llamada de la invasión de los bárbaros, época henchida de sucesos inauditos, de catástrofes generales que cambiaron la faz de toda la Europa y se extendieron hasta al Norte de Africa, dando á todos los pueblos una nueva dirección y un nuevo modo de ser.

Este mismo reinado de Justiniano se distingue cabalmente por la resistencia admirable y eficaz que opuso á las innumerables hordas bárbaras que todo lo arrollaban á su paso y cuyos claros llenaban al instante hordas nuevas que pugnaban por abrirse paso. En este reinado quedaron fijados los límites del imperio bizantino de la Edad media, y contra él, después de desviado hácia el Occidente el diluvio de las innumerables masas germánicas, dirigieron sus primeros ataques nuevos enemigos salvajes procedentes del Norte, de raza búlgara, eslava y turánica, que se establecieron para siempre en varios países del Occidente muchas generaciones antes que el islamismo y el califato trazaran su semicírculo candente al Mediodía y al Este del imperio.

No obstante la debilidad lamentable de los dos primeros emperadores de Oriente Arcadio y Teodosio II que reinaron respectivamente desde el año 395 hasta 408, y desde 408 hasta 450, pudo salir intacto su imperio de los gravísimos peligros que hundieron para siempre el de Occidente en el curso del siglo v. Las fortificaciones de Tesalónica, hoy Salónica, ante las cuales se estrellaron todos los ataques de los enemigos y especialmente de los bárbaros, y la posición central é inexpugnable de la nueva capital Constantinopla, permitieron dedicar mas fuerzas á las provincias ilíricas, las más expuestas del imperio. Esto facilitó la desviación de los visigodos y de otras hordas germánicas, temibles por su número y vigorosa savia, hácia Italia y la Galia á principios del siglo v, y asimismo la de la formidable embestida de los hunos que se corrieron hácia el Occidente á mediados del mismo siglo, á lo cual se agregó luego la muerte inesperada y prematura de Atila que ocurrió en el año 453. Libre ya el imperio oriental de estos peligros capitales, empezó á manifestarse en el gobierno la astuta diplomacia y la asombrosa tenacidad en la persecución de sus

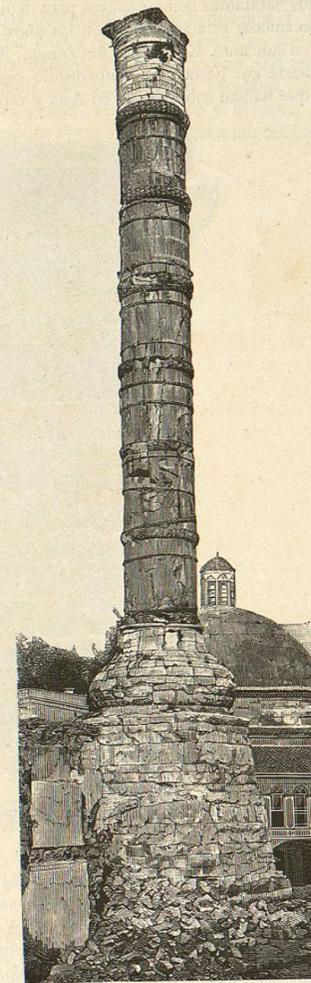
ideales que han sido los dos rasgos más característicos del espíritu bizantino hasta la hora en que espiró con el último Paleólogo.

La obra atrevidísima de Odoacro, con la consiguiente extinción definitiva de la corte y trono de Rávena, no significaron para la corte de Constantinopla más que la defunción y extinción de una rama co-heredera, y el simple traspaso en favor de la corona imperial de Oriente de todos los territorios, provincias y derechos que tenía el de Occidente. Este derecho de sucesión por herencia sostuvieron los soberanos de Constantinopla desde el año 476, mientras les quedó aliento para ello y tiempo para pensar en los países del otro lado del Adriático; y lo defendieron con aquella tenacidad incomparable que heredó después la curia romana, y de que dieron ejemplo todos los gobiernos de Constantinopla, procurando, aun en los momentos más desesperados, reconquistar y conservar la línea de los Balcanes en la península danubiana, hasta el día en que los turcos pasaron el Helesponto para no retroceder.

Esta tenacidad secular é imperturbable tuvo por constante compañera una asombrosa y magistral destreza en el manejo de la política extranjera. Así es que entre los hombres de Estado de la época se consideró como una de las obras más hábiles de la diplomacia bizantina el que el emperador Zenon, tercer sucesor de Teodorico II y que reinó desde el año 474 hasta 491, consiguiera inducir en 488 al joven rey de los ostrogodos, Teodorico, tan molesto con sus hordas para el imperio de Oriente, á marcharse con ellas desde la Mesia y pasar á Italia para expulsar de allí al conquistador intruso Odoacro. En efecto, fué un golpe sumamente hábil arrojar germanos contra germanos, arrebatando al héroe Odoacro su conquista, y hacer á los godos recobrar la Italia en nombre y en beneficio del emperador de Constantinopla; solo que, fuera del feliz resultado inmediato, se engañó esta vez la astuta diplomacia bizantina, porque este golpe produjo en realidad para el imperio más daño que provecho; no precisamente porque el joven rey ostrogodo se creara en Italia un reino y un poderío muy contrario á las intenciones y cálculos de los políticos de Constantinopla, sino porque el emperador Zenon en su odio soberbio de monarca civilizado al elemento germánico bárbaro, no supo entenderse franca y lealmente con un hombre como Teodorico ni utilizar sus cualidades. Así, queriendo alejarle con sus ostrogodos del bajo Danubio, abrió el camino de los Balcanes á nuevos enemigos del imperio, mucho peores de lo que hubieran podido ser los godos. Es ocioso perderse en conjeturas sobre la dirección completamente distinta que hubieran tomado los sucesos históricos en el Sudeste de Europa, si una amistad sincera entre bizantinos y ostrogodos hubiera permitido al fuerte Teodorico fundar sólidamente un Estado germánico entre los Balcanes y las escarpadas cordilleras de la Transilvania; pero es lo cierto que la habilidad diplomática demasiado sutil del emperador Zenon destruyó para siempre la perspectiva de levantar á orillas del Danubio un sólido baluarte gótico contra la posterior irrupción de los enjambres eslavos y fino-tártaros que desde las dilatadas llanuras del Ponto se precipitaron sobre el delta de aquel río.

El único pueblo germánico que quedó en aquellas comarcas fué el de los gépidos en la Dacia, el cual por cierto fué utilizado por la política bizantina siempre que las circunstancias lo aconsejaron; pero no era este grupo bastante numeroso para servir de dique contra las oleadas humanas que desde la partida de los ostrogodos se presentaron cada vez más amenazadoras en la región del Bajo Danubio, á saber, en la Mesia. Ya los ostrogodos habían sostenido, antes de abandonar el país, embestidas de varias avanzadas de aquellas hor-

das, especialmente de las búlgaras; y cuando se emprendió la lucha á muerte entre Teodorico con sus ostrogodos y las tropas de Odoacro, no tardaron en presentarse en los territorios fronterizos del Bajo Danubio los jinetes búlgaros que fueron los enemigos más peligrosos del imperio, y cuyo nombre marchó desde entonces unido á la historia de la penín-



Restos de la columna de Constantino el Grande en Constantinopla

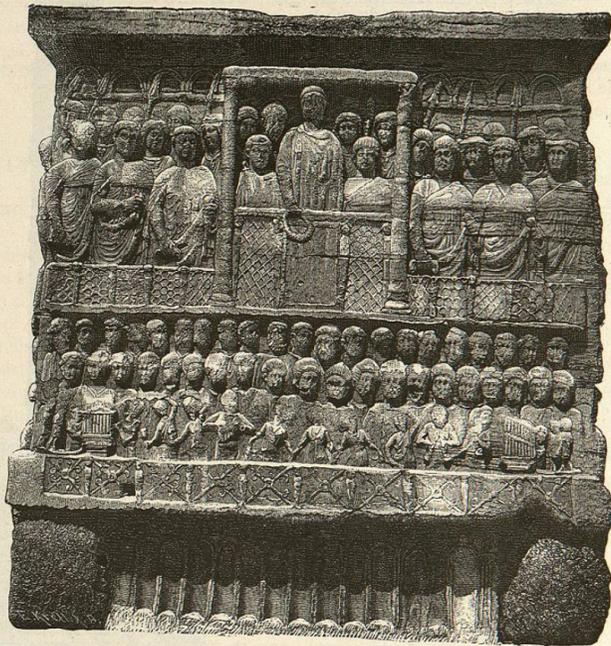
sula Danubiana, en la cual quedaron establecidos para siempre. Los búlgaros sin embargo son todavía por la etnografía y por el idioma un pueblo extraño á la raza eslava. Por lo general se los cree hoy idénticos á los *hunos cutrigures* y hermanos de las tribus cazares y samoyedas, de raza finesa-ugria, que posteriormente aparecieron entre el Volga y los mares de Azoff y Caspio.

Aunque los ostrogodos se mostraron enemigos del imperio después de la desaparición del huno Atila, el daño que hicieron no fué siquiera comparable, al decir de los mismos bizantinos, con el terror que precedió y acompañó á las hordas búlgaras cuando al salir de las llanuras del Volga, del Don y del

Dniester encontraron los vados del Danubio y se dirigieron siguiendo el ejemplo del gran khan Atila al centro del país enemigo, á saber: á las comarcas ribereñas del Bósforo y del Mar de Mármara. Desde el año 493 empezaron estas hordas á inspirar serios temores á los bizantinos, temores que se acrecentaron á medida que se vieron los estragos que causaban sus expediciones, pues asolaban los países invadidos y se llevaban á los habitantes como esclavos para dedicarles á los trabajos mecánicos, principalmente en los años 499 y mas desde 502 en adelante. El sucesor de Zenon, Anastasio I, que reinó desde 491 hasta 518, ocupadísimo con las complicaciones que habian sobrevenido en Asia y especialmente

en la Persia, no pudo hacer en semejantes circunstancias mas que resguardar la capital de los ataques de los salvajes, construyendo desde 507 hasta 512 una serie de baluartes y otras obras de fortificación á 50 kilómetros de distancia de la ciudad desde Selibria á orillas del Mar de Mármara hasta Dercon á orillas del Mar Negro; pero si con esto se libraron la capital y su distrito de las depredaciones de los búlgaros, no tuvieron la misma fortuna las demás provincias mas meridionales hasta las Termópilas cuyos habitantes fueron entonces víctimas de los bárbaros.

Estas expediciones de rapiña, de destruccion y de matanza no fueron mas que el prelude, el primer eslabon de toda



Relieves del pedestal del obelisco de Teodosio en Constantinopla

una cadena de otras innumerables excursiones, si cabe mas terroríficas y salvajes, que emprendieron las hordas búlgaras y otras de pueblos eslavos y turánicos que se sucedieron casi sin interrupcion por espacio de cinco siglos, hasta la sangrienta derrota de los patzinaques cerca de Lebunion en el año 1091 en tiempo del emperador Alejo I Comneno.

Justiniano I, no obstante sus muchos defectos y debilidades, no olvidó jamás que era sucesor de los Constantinos y del primer Teodosio, y como tal tuvo siempre por principal objeto la conservacion del imperio romano y luchó por ella con una tenacidad verdaderamente admirable. La defensa de la península del Danubio era para él un asunto secundario, que venia solo despues de satisfecha la necesidad mas urgente de arrancar á las hordas germánicas las provincias romanas del Occidente que tenian ocupadas. En este concepto fué tan terrible la energía de Justiniano, como grande su habilidad; y dejó á sus sucesores un imperio, análogo al de los césares del siglo tercero, y al de los Aecio y Honorio, que mas que imperio pareció muchas veces una sola plaza fuerte gigantesca acometida por todos lados á la vez, desde los Apeninos hasta Jerusalem, y desde las Sirtes hasta las elevadas mesetas de la Armenia.

La atencion y los esfuerzos de Justiniano se dirigieron á todos los confines del vasto imperio como si todavía existiese sin desmembracion alguna; y solo se libró de sus ataques la monarquía de los francos fundada en la Galia por el titan Clodoveo. En cambio, sucumbió con rapidez espantosa el imperio vándalo en Africa, caduco ya desde larga fecha, y vencido por la estrategia brillantísima del gran general bizantino Belisario en los años 533 y 534.

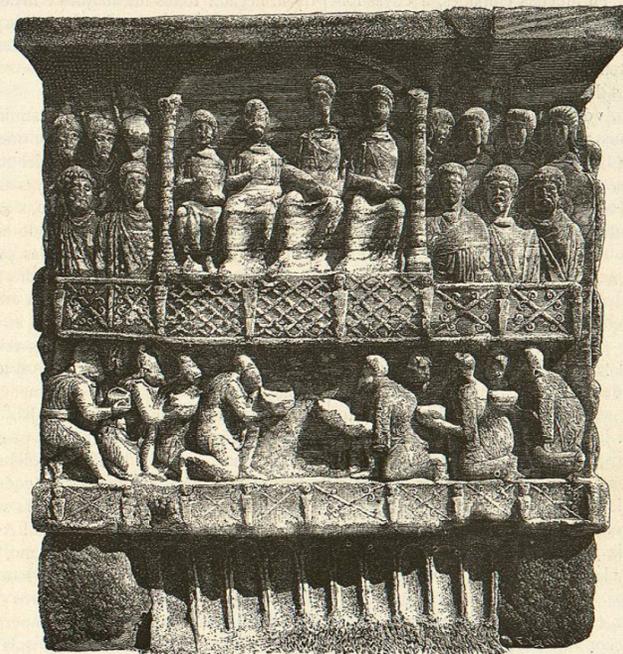
Al exterminio de los vándalos siguió la prolongada lucha por la Italia hasta quedar tambien exterminado el noble pueblo ostrogodo y expulsados de la península sus últimos é insignificantes restos. El mismo Belisario fué el que en el año 535 inició esta guerra inclemente y mortífera que dejó la Italia casi en peor estado que la invasion de Anibal, y que no concluyó hasta el año 555. Debióse su terminacion á la estrategia superior del general Narses. Tambien entonces hubo tropas auxiliares y mercenarias hunas, persas y sobre todo germánicas al servicio del imperio; porque en esta guerra, como en todas, longobardos, hérulos y gépidos contribuyeron á destruir por cuenta de Roma ó Constantinopla á un pueblo hermano, y á una rama de las mejor dotadas de toda la raza germánica. Sin embargo, mas que todos

estos auxiliares valió al emperador la extraordinaria maestría de Narses para disponer las campañas, fruto de una táctica, de una experiencia y un estudio seculares, que solo los podian tener generales de un imperio tan antiguo y tan guerrero como el romano, cuyo arte militar corria parejas con su práctica diplomática consumada.

Hasta la parte mas lejana del antiguo imperio romano, España, hubo de sentir todavía la superioridad de Constantinopla sobre los pueblos bárbaros, porque el general bizantino Liberio aprovechando hábilmente desde las primeras hostilidades del año 542, la sublevacion de Atanagildo contra el rey visigodo Agila (549 á 554) consiguió arrebatar á los visigodos casi todo el Sudeste y el Sur de la península ibé-

rica, y extender sus conquistas hasta el interior sometiéndose plazas tan importantes como Córdoba.

El extraordinario lustre del reinado de Justiniano costó sin embargo muy caro á sus sucesores y aun al mismo Justiniano, pues no tardó en convencerse de que su política de conquista y de restauracion del antiguo imperio, al mismo tiempo que volvía á someter á su dominio todas las comarcas ribereñas del Mediterráneo, le obligaba á sostener una fuerza militar y unos gastos que excedian de los recursos interiores del imperio. Por esta causa en Asia no pudo hacer con el empuje que hubiera sido necesario, la guerra á la Persia. Esta guerra, mal crónica, y herencia molesta de siglos anteriores, se renovaba sin cesar, ora por insignificantes



Relieves del pedestal del obelisco de Teodosio en Constantinopla

motivos mercantiles, ora por el simple espíritu de rivalidad entre las dos cortes, la de Madain y la de Constantinopla, ora por disputas de límites, sobre todo en Armenia. La Armenia habia sido repartida en los años 428 y 429 entre sus dos poderosos vecinos, tocando á la Persia la parte del leon; y todas estas cuestiones bastaban entre las dos potencias que se disputaban la influencia suprema en aquella parte del Asia, para encontrarse de cuando en cuando, y hacian pasar al estado agudo la enfermedad crónica. Si para la guerra con la Persia se hacia sentir lastimosamente la diseminacion de las fuerzas vivas del imperio en una superficie demasiado extensa, todavía fué mas sensible y mayor el apuro cuando se hizo urgente oponer una resistencia decidida y eficaz á las invasiones cada vez mas frecuentes y violentas de las hordas y pueblos transdanubianos en la península de los Balcanes. Habia sonado la hora en que debió entrar en la escena europea la gran familia de los pueblos eslavos, que mas adelante, ya en el siglo VII, empezaron á cambiar de un modo enteramente original la fisonomía etnográfica de los países situados

entre el Danubio, el Save y las escarpadas y sombrías peñas del Taigeto en el Peloponeso.

Distinguieron por lo pronto entonces los bizantinos las dos ramas principales de la gran familia eslava, los *antes* que vivian á la sazón entre el Dnieper y el Dniester, y cuyo nombre desaparece despues; y los *eslavinos* orientales, llamados tambien *eslavones*, *eslovenos* y *windos*. Estos últimos se habian establecido al lado de los temidos búlgaros en la Valaquia hasta el territorio habitado por los eslavones actuales, y que forma parte de Hungría, sin expulsar por esto al pueblo de los gépidos que siguió viviendo entre ellos en la Transilvania y la Hungría oriental. En el año 534 empezaron estos eslavones ó windos á penetrar en el interior de la península balcánica, y en los años 539 ó 540 se arrojaron en grandes masas en esta direccion matando, saqueando y asolando todo el país por donde pasaban. Una parte de estas hordas salvajes destruyó la ciudad de Casandrea en Macedonia, y llegó hasta el Helesponto, y otra llegó hasta las Termópilas, descubrió el rodeo por el Epialtes y el Hidarnes